

España Evangélica



Año XI.-Núm. 533.

Madrid, 17 de Abril de 1930.

Precio: 15 céntos.



PUERTA DE DAMASCO

JERUSALEM

JERUSALEM ha sido siempre para el pueblo judío la ciudad amada con amor incomparable e imperecedero. Estaban ligados a ella sus recuerdos históricos más gloriosos y sus sentimientos religiosos más hondos. Su nombre significaba «morada de paz» y la paz era el bien supremo para un judío. Era la ciudad «de nuestras solemnidades», donde estaba la casa de Dios, a la cual subían multitudes de adoradores «con voz de alegría y de alabanza». Jesús amó a Jerusalem con todo el amor humano de un buen patriota y de un hijo de David y con el amor infinito de Hijo de Dios. «¡Jerusalem, Jerusalem, la que apedreas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!» Ciudad santa para los judíos, lo es más aún para los cristianos, porque sus calles fueron pisadas por el Salvador de los hombres y en sus afueras fué crucificado el Príncipe de la Gloria. Malvada como fué, aun después de su tremendo pecado y de los horribles castigos que se acarreó, sólo su nombre se considera digno de ser aplicado a la Ciudad Celestial, la nueva Jerusalem, que el vidente de Patmos contempló extasiado.

GETSEMANÍ

«Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí, y velad.»

MARCOS, XIV, 34.

ESTA corta frase de Jesús es punzante por el abismo de dolor que revela. Jesús, completamente entregado a consolar la miseria de los hombres, raramente expresaba sus sentimientos íntimos. Era preciso que su tristeza fuese muy profunda para impulsarle a hacer a sus discípulos esta suprema confidencia. Y nuestro corazón está, a su vez, oprimido de angustia, pensando en el sufrimiento de nuestro Salvador en este jardín de Getsemaní, donde Él ha otorgado libremente el don total de su vida.

Este sufrimiento de Jesús es para nosotros un misterio; nunca podremos medir su profundidad. Todos los sufrimientos se dan cita en este apacible jardín para asediar el corazón de Jesús; la angustia física, pensando en la muerte próxima, y todo el cortejo de dolores morales: el abandono de los suyos, la hostilidad de

los hombres, la incompreensión de todos, y, sobre todas las cosas, el peso aplastante de los pecados del mundo, que Él, el Santo, el Justo, se ha cargado para salvar a sus hermanos.

En esta tristeza, Él se vuelve hacia sus discípulos, y más particularmente hacia los tres íntimos: Pedro, Jacobo y Juan. Jesús quisiera sentirles en comunión de pensamiento durante su angustia, y les pide que se queden allí y velen.

Ellos, habituados a recibirlo todo de Él, no comprenden la gravedad del momento, no ven que solamente espera de ellos un poco de simpatía.

Ellos le han dejado solo. No han podido hacerle este último favor, ellos, que han recibido todo de Él. En cambio de su sangre y de su vida, en pago de tantas promesas y tanto amor, no les había pedido más que una cosa: resistir una hora al sueño. Y esta pequeña cosa le ha sido rehusada; esta insignificante cosa no ha podido obtenerla. Y, sin embargo, en este mismo momento es por aquellos que duermen por los que sufre y combate. Él, que todo lo ha dado, no recibirá nada. En esta noche de denegación, toda súpli-

ca es rechazada; el Padre no concede nada, ni los hombres tampoco.

Limitémonos a consignar la actitud de los hombres sin juzgarla, pues hemos tenido seguramente ocasión de mostrar simpatía, y no lo hemos hecho. Frente al sufrimiento, como los discípulos, tenemos los ojos pesados; no sabemos velar. ¡Cuántos dolores podrían ser del mismo modo endurecidos por un simple gesto sin demostraciones ruidosas!

Pero si no se encuentra nadie que vea con nosotros en horas de angustia, Jesús está allí. Él no reprocha a los hombres abandono, la soledad en que fué dejado en el momento más doloroso de su existencia terrena. Él prodiga su presencia a todos. Él vela.

Y la simpatía silenciosa que nos ofrece tanto más eficaz cuanto que Él puede comprender todos los sufrimientos haciéndolos experimentado. Él ha estado triste; triste hasta la muerte. Él ha vertido lágrimas de angustia; de su frente han caído gotas de sudor como sangre; Él ha bebido la copa de todas las amarguras. Él sabrá dar a nuestro corazón lastimado el apoyo que Él no recibió.

SANTIAGO DELPECH

LAS TRES CORONAS

Un día, en el desierto, mientras Jesús oraba con la fe del creyente que a su Dios no abandona, el Demonio, invisible y a su lado, trenzaba con rayos luminosos una regia corona.

Y el Demonio cantaba fabricándola: «Haremos algo que al hombre encante y el hombre no haya visto. ¿Rey quiere Dios que sea su Hijo? Trabajemos por coronar con toda solemnidad a Cristo».

Y terminó su obra y besando sus manos de artista insuperable, de su victoria cierto, fué al Señor. (Pensaba Jesús en sus hermanos perdidos como ovejas sin guía en el desierto.)

«Señor, dijo el Demonio, muy reverente, escucha: Yo vengo para hacerte, si Tú lo quieres, rey. Te traigo la corona. . . No necesitas lucha. La tierra está repleta de esclavos de mi ley. ¿Aceptas? Serás dueño de tierras y de mares. Todo mortal, te juro, será tu servidor. Serás un sol en medio de vastos luminares y sólo a mí, tan solo, me llamarás Señor».

Jesús miró al Demonio, y ardiendo en santa ira rompiendo entre sus manos la dádiva real, «Vete de Mí, le dijo, Padre de la Mentira, mi corazón tan sólo servir a Dios aspira y mal puede servirle quien se esclaviza al mal».

Otro día fué el pueblo, el pueblo que sentía arder en sus entrañas el odio contra Roma. (Jesús, el gran Maestro de amores, difundía, como el loto entre el cieno, la esencia de su aroma, y amaba a aquellas gentes rebeldes de Judea para quienes la vida fué llena de dolor).

«Hosanna el Rey, aclaman, hosanna a quien desearon romper la vil coyunda triunfal del invasor. Nosotros te elegimos por rey. El pueblo quiere salir, contigo al frente, de su cautividad. Si al pueblo Tú le mandas herir, el pueblo hiere. Sé Tú el caudillo santo de nuestra libertad».

Jesús miró a las gentes con pena y con cariño, y mientras que posaba sus manos sobre un niño, «mi reino, les decía, mi reino no es de aquí. No acepto la corona que es símbolo de guerra. Los reinos de la tierra son hijos de la tierra. Si amáis la paz. . . entonces, seguid en pos de Mí».

Más tarde, en un oscuro recinto del Pretorio, y por la soldadesca de espíritu malvado, entre las risas bárbaras de un infernal holgorio, Jesús era, por fuerza del odio, coronado.

De espinas fué formada la trágica corona, los recios agujones rasgábanle la frente. . . Jesús oraba. . . «Padre, Padre mío, perdona esta burla tan propia del mortal inconsciente.

«Acato tus designios; acepto este suplicio. Es mía esta corona, umbral del sacrificio. Yo moriré por ellos. . . perdónales Señor; ellos no saben nada de tus sendas divinas. Yo sí sé que ha llevado la corona de espinas siempre quien ha entregado su vida por amor. . .»

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

«HE AQUÍ EL HOMBRE»

JUAN, XIX, 5.

SIGLOS y siglos, el pueblo escogido había esperado al Mesías. La más bella esperanza de los israelitas era poder asistir a la venida del Príncipe de Paz, manso y humilde, que sus imaginaciones orientales habían trocado en caudillo, poderoso para humillar al pueblo que les oprimía, dándoles al mismo tiempo el gobierno más feliz y próspero que jamás vieran las naciones. ¡Grave equivocación, que les acarreó, a la postre, la trágica pérdida de su nacionalidad!

He aquí el Hombre, exclama Pilato en momentos solemnes, ante la multitud enloquecida que, teniendo delante de sus ojos al enviado de Dios, le rechaza airada, cegada por la dureza de su corazón. No podían comprender, puesta su mirada en la tierra, las cosas de más alto precio, accesibles tan sólo al espíritu. Inútilmente, la voz del Cristo había resonado con plenitud de inspiraciones divinas bajo los pórticos del templo. En vano, su doctrina celestial, mensajera de paz y de las nuevas más benditas para las almas, había llamado a las puertas de aquellos corazones rudos, para conocer cuáles eran los verdaderos bienes que les traerían sana y rica bendición. Estériles en resultados venían a parar tanto consuelo, tanta ayuda, tanto poder con que se había allegado siempre a los pobres y necesitados, pobres material y espiritualmente. Y puestos a elegir entre el mensajero divino y el malvado aprisionado, cometen la injuria de pedir la muerte del Justo y la libertad del criminal. Rechazaban al enviado de Dios, esperado por tantos siglos, y no sabían que con Él rechazaban su vida; despreciaban la manifestación del amor del Dios de sus padres, dando motivo para que los quebrantase su justicia.

He aquí el Hombre. Pilato lo presenta,

no sólo a los judíos, sino también a la Humanidad caída. Todos los hombres se habían olvidado de Dios. Él se acuerda de todos; los hombres se alejaban de su Padre, Él los busca como a hijos. A los corazones llenos de egoísmo, alimentados por el vicio, gobernados por el odio, se acerca Dios perdonador, enviando a su Hijo, al Cristo, para que testifique de su amor, de la paz que ofrece, de sus

otorgó que heredemos su reino celeste. Podemos ver con nuestra mente a este Hombre. Dios, que hizo todo esto por nosotros, podemos verle por la fe obrar no menos actualmente. Él, y sólo Él, es nuestra ayuda, nuestra luz, nuestro consejero. No sólo nos redimió, sino que se constituye en Abogado nuestro cerca del Padre; en todo peligro, Él es quien sale a defendernos; en todo trabajo, quien nos presta su fuerza. Mirale, alma pecadora, y ojalá sea Él tu más preciosa posesión.

He aquí el Hombre.

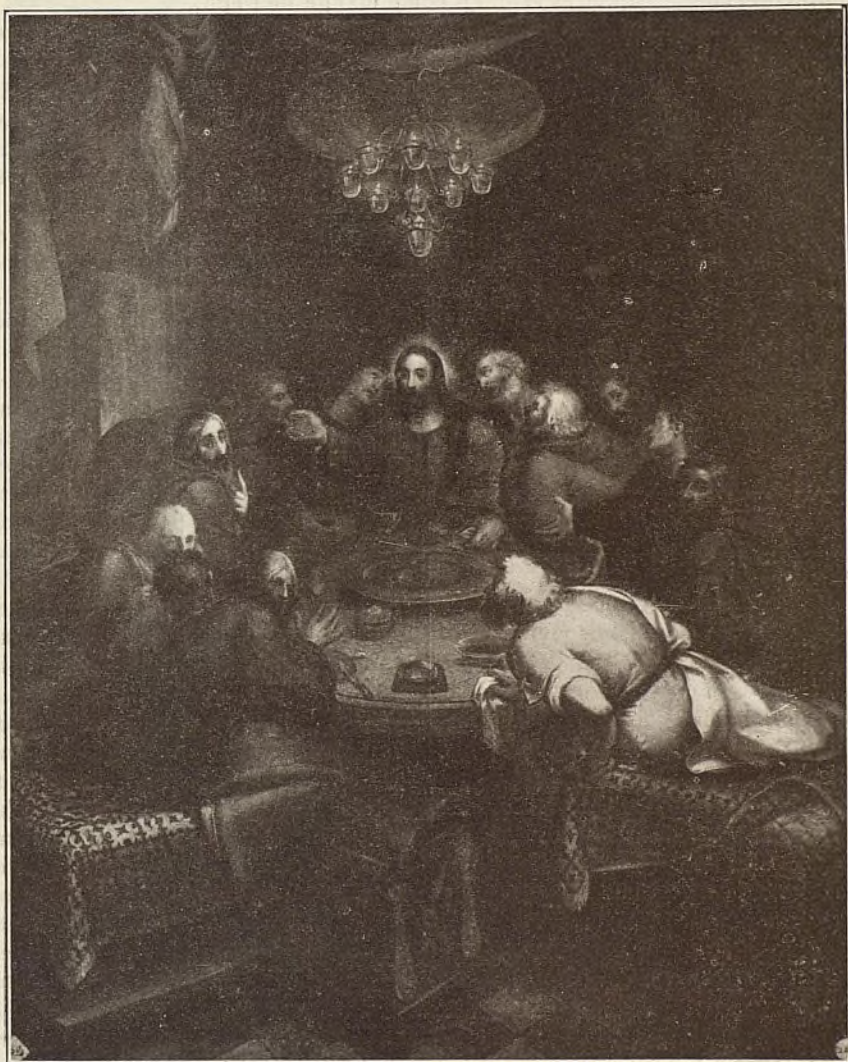
Los que lucháis por un ideal de justicia; los que soñáis con el reino de la fraternidad; los que aspiráis a que la nobleza, la dignidad, la abnegación, moren con toda su fuerza en el corazón de los hombres; los que queréis un mundo más perfecto, libre de luchas, de miserias, de esclavitudes. ¡He aquí el Hombre, con poder soberano para dar cima a todas vuestras ilusiones! Fué el Cristo quien predicó el amor cuando los odios dividían a los hombres; quien defendió la paz cuando la guerra ensangrentaba las naciones; quien proclamó la igualdad cuando las castas envilecían a millares de seres humanos.

Su doctrina, para todos los hombres de todos los siglos, no ha perdido virtualidad ninguna. Pudo en un tiempo demoler el paganismo, enfrenar las pasiones, regenciar la sociedad; llevar

a corazones corrompidos ideales de elevada nobleza. Hoy puede hacer otro tanto y aún más. El poder de su doctrina, su influencia en los corazones, puede cambiar a los individuos y las colectividades. Él solo podrá daros el concepto verdadero de la justicia y del amor que lleven al mundo por senderos de redención. No seáis duros para escuchar su doctrina y seguir sus instrucciones. ¿Queréis la perfección? Él os enseñará a ser perfectos. ¿Queréis la justicia? Él puede haceros justos. ¿Buscáis la fraternidad? Su mensaje es el amor.

He aquí el Cristo; tal es el Hombre que necesitáis.

FERMIN BOROBIA.



LA ÚLTIMA CENA

(Cuadro de Carducco.)

deseos para con el género humano.

He aquí el Hombre. El que nosotros necesitábamos; el que vino a buscar lo que habíase perdido; el que había de reconciliarnos con Dios; el que nos podía mostrar el camino de la vida; el que nos enseña la voluntad del Padre. El único con méritos bastantes para librarnos de la maldición de la ley, del poder del pecado, de la servidumbre de Satanás; el único que pudo hacer nuestra redención y ponernos a salvo del juicio futuro. Aún ha hecho más el Cristo por nosotros. Dejó la compañía de los ángeles, y vino a hacerse nuestro amigo; nos halló deudores, y nos ha justificado; siendo pobres, nos

EL MÁS TRISTE DE LOS VIERNES

UN ESTUDIO DE LOS SUFRIMIENTOS FÍSICOS DEL SEÑOR



ALGUIEN ha dicho que fué el 6 de Abril del año 33. La víspera reunió Jesús a sus Apóstoles para celebrar la Pascua, para cenar con ellos por última vez. En aquella casa, donde entró el hombre del cántaro. Ambiente de tristeza. Presentimiento del próximo drama. Sobre todo, después que el Maestro anunció cómo uno de ellos le había de entregar, y dió a Judas el bocado de pan mojado, añadiendo: «Lo que haces, hazlo cuanto antes».

Luego, Jesús les habló muchas cosas: de la glorificación del Hijo del hombre, y en Él la glorificación de Dios; del nuevo mandamiento de amor; de que Pedro le negaría antes de que el gallo cantara tres veces. A Tomás dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí». Y a Felipe: «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me has conocido? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre. Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí». «El que no me ama, no guarda mis palabras.» «Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos; el que permanece en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque, separados de Mí, nada podéis hacer».

Terminada la cena, que tanto había Jesús deseado, cantaron el himno y marcharon al monte de los Olivos.

Allí oró Jesús: «Padre, si quieres, aparta de Mí este cáliz; empero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y, sobreviniéndole una grande angustia, oraba con más vehemencia; y fué su sudor como gruesas gotas de sangre, que caían sobre la tierra.

El ataque de angustia y el sudor de sangre tienen explicación científica. Se ha dicho que ni al sol ni a la muerte se los puede mirar fijamente. No olvidemos la humana naturaleza de Jesús. Jesús tuvo un momento de miedo. Una de las variedades del miedo es la angustia: opresión, relajación de los movimientos del corazón, vasoconstricción capilar (palidez), vasodilatación (rubicundez súbita), astenia con accesos de agitación muscular, perturbaciones glandulares.

La angustia de Jesús, fisiológicamente considerada, fué un ataque vasomotriz, acompañado de hematidrosis o sudor de sangre. Hay a flor de piel, bajo la epidermis, una red de pequeños vasos, los capilares, sólo visibles al microscopio, blandos y extensibles como tubos de goma. Cuando les llega poca sangre, están flojos y la piel es pálida. Cuando reciben mucha, se inflaman y la piel enrojece.

La presión de la sangre puede llegar a ser tan grande dentro de tales pequeños vasos, que la parte líquida trasude a través de su pared, dando lugar a que los glóbulos blancos y rojos la perforan y se mezclen con el suero, o a que los capilares estallen como manga de riego. En este caso, si la sangre extravasada sale fuera, se produce la hematidrosis (sudor de sangre). La recepción de una sensación intensa, de gran emoción, la evocación de una imagen o de una idea, disminuir o aumentar la afluencia de sangre en los capilares, provocando palidez, rubicundez o sudor de sangre.

Judas hizo lo que había de hacer. Condujo al monte de los olivos a los que tenían orden de prender a Jesús; y, como no se conocían, convenido estaba que Judas le besara. Y besó al Maestro con efusión. Beso de traición. El célebre beso de Judas.

Prendieron a Jesús y le llevaron a casa de Caifás, sumo sacerdote, «donde escribas y ancianos se habían juntado». Y díjole el sumo sacerdote: «Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Tuvo en Getsemaní el alma de Jesús momentos de tristeza, fuerte emoción, intenso desfallecimiento. Pero ante Caifás se mantuvo firme: «Tú lo has dicho», contestó Jesús. «Y os digo, además, que, desde ahora, veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo». «¡Blastemado ha! ¡Reo es de muerte!». Le escupieron en el rostro, le dieron puñetazos, le abofetearon.

Y le entregaron al gobernador para que le condenase. Pero Pilato «no halló ningún delito en aquel hombre». Mas como la plebe, persuadida por sacerdotes y ancianos, gritase: «¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado! ¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!», entregó a Jesús para que lo crucificaran, después de haber hecho que fuera azotado.

La mayoría de los que leen la pasión de Jesús, no se dan cuenta de la horrible cosa que es la flagelación. Se desnudaba completamente a la víctima. Se ataban sus manos a la espalda y se le fijaba a un poste, de tal modo, que preciso le fuera curvarse. Luego, se le golpeaba, más o menos tiempo, con unas tiras de cuero, cuyas puntas terminaban en tachuelas de hierro o bolas de plomo. Los verdugos ponían en ello sus mayores bríos. Y dice Juvenal, en una de sus sátiras, que, a ve-

ces, las correas llegaban al rostro y ataban los dientes. Algunos morían en el acto, por síncope. Otros, más tarde, por infección tetánica. Jesús no murió. Le esperaba un mayor martirio: la crucifixión.

Jesús está rendido, agotado. Las angustias en Getsemaní, la conducción a casa de Caifás, donde le golpearon, abofetearon. La caminata a casa de Pilato, la flagelación. No es de extrañar que le fuera imposible cargar con su cruz. Materialmente imposible. Si así no fueran los soldados, en vez de obligar al Cicerón, habrían forzado a Jesús, usando vergajos. Llegó al Gólgota casi muerto. Cierta asociación de damas hierosimilitanas preparaba una bebida adormecedora, para los condenados a muerte: vino anestésico, con incienso, mirra y ajonjolí entre otras cosas. Jesús no hizo más que probarlo. Le desnudaron para crucificarle. De lo que era este suplicio escriben Cicerón, Flavio, Josefo, Ireneo, Justino.

«Era la cruz dos troncos de árbol de bastados a golpes de hacha, lo más corto posible, pues se economizaba la madera. La rama vertical tenía, hacia la mitad, un egión o tarugo saliente, destinado a sostener el cuerpo y evitar el desgarramiento de las manos. Antes de crucificar, se alzaba la cruz, metiendo la parte inferior dentro de un hoyo, hecho en el suelo, sujetándola por medio de cuerdas. Se elevaba al condenado por cordeles, colocándole a horcajadas en el travesaño. Entonces se clavaban sus manos en el tronco horizontal, con gruesos clavos de carpintero, y se ataban los pies al travesaño vertical, bien juntos al madero, haciendo doblar las rodillas. La estabilidad de la cruz exigía que no fuera muy alta, pero que si lo suficiente para que el mártir tuviera bien expuesto a todas las miradas.»

Así hicieron con el Maestro nazareno condenado al suplicio que los romanos consideraban más ignominioso y servicialmente aplicado, casi exclusivamente, a los esclavos amotinados, fugitivos o culpados de desobediencia, a los asesinos, a los bandidos, a los sublevados y a los reos; picota donde se exponían los reos a la vergüenza, y, según Cicerón, el más cruel y el más odiado de los suplicios.

Dicen los médicos «que las llagas en las manos no eran graves por sí mismas. Los clavos, después de haber desgarrado los vasos, los obstruían, y la hemorragia era poco considerable. Pero, en razón de la riqueza del plexo nervioso de las manos, tales llagas eran extremadamente dolorosas. Tanto más, cuanto que

el crucificado, a pesar suyo, se apoyaba y mantenía en los clavos. Sostenido por el caballete intercrural, se esforzaba al principio del suplicio en tener sobre su perineo, muy pronto horriblemente dolorido, todo el peso del cuerpo. También procuraba conservar alzados los brazos por puro esfuerzo muscular, esfuerzo de escasa duración. Pronto sobrevénia la relajación de los músculos, contusionando la ensangrentada carne». Hay, que añadir, además, que las llagas, tanto de la flagelación, como de la crucifixión, se infectaban e inflamaban, haciéndose más dolorosas, y que las moscas, siempre numerosas alrededor de las carnes ensangrentadas, acudían sobre los pobres suplicios. Febriles, se abrasaban de sed, agravada en Jesús por aquel sol del mediodía, a primeros de Abril, que elevaba a 40 grados la temperatura al aire libre. «Pero estos dolores eran poco, comparados con el horrible malestar que determinaba la inmovilidad y la anormal posición del crucificado. Las contracciones y movimientos musculares aumentan considerablemente el trabajo del corazón. También fatiga la inmovilidad completa y prolongada. En la cruz era absoluta, y el corazón, extenuado por el exceso de trabajo, que la inmovilidad en la posición vertical le imponía, lanzaba a las manos, situadas más altas que la cabeza, dos pesadas columnas sanguíneas. El corazón, cansado, perturbado por el dolor, no se bastaba a su trabajo, aflojaba la circulación, la sangre se paralizaba en los capilares. Los músculos, envenenados por los productos de desasimilación, de que el corazón ya no los desembarazaba, eran tetanizados, endurecidos por los calambres. Se aterizaba todo el cuerpo. Paralización pulmonar; sofocación del suplicio. Horroso dolor de cabeza, por congestión venosa del cerebro y las meninges. Toda la energía se concentraba

en el corazón. Apenas pensar. Imposible razonar. No más asociación de ideas. ¿Cómo hablar cuando casi no se respira? En los crucificados, las frases más cortas son las más históricas.»



JESÚS CRUCIFICADO

(Cuadro de Jiménez Aranda.)

Es la hora sexta. Los verdugos están clavando en el madero al pobre carpintero de Nazaret, que dejó de ser carpintero para predicar una doctrina de amor, salvación de los hombres; para regar con su sangre redentora el madero de la cruz.

Y, en aquellos momentos, ya casi muerto, sin fuerzas, aún tienen sus labios, trémulos, palabras de amor. De amor para los mismos que le están matando: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que

hacen». De amor para el buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Y, cuando al pie de la cruz ve postrados a su Madre y al discípulo amado, exhala un mandato de amor. «Mujer, he ahí tu hijo. Juan, he ahí tu Madre.» Que la Ma-

dre no quede en desamparo. Y al discípulo amado el más precioso don, María.

Han pasado tres horas. Jesús ya no puede más. Va a morir. «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» Y, dando una gran voz, expiró. Se conmovió el mundo, tembló la tierra, se oscureció el firmamento, se estremecieron los muertos dentro de sus sepulcros, el velo del Santuario se rasgó...

Jesús murió más pronto de lo corriente en los crucificados. Generalmente, tardaban doce horas. Algunos llegaban al día siguiente, o al otro. Los hubo que no llegaron a morir en varios días, y fueron perdonados. Cuando corría prisa que muriesen, y éste es el caso de aquel viernes, a causa de la solemnidad del inmediato sábado, les quebraban las piernas y morían por síncope. Así hicieron con los dos ladrones. Para Jesús no fué preciso. Mas por si acaso no estaba bien muerto, le hirieron el costado con una lanza, «y al instante salió sangre y agua».

La procedencia de aquella sangre y de aquel agua ha preocupado mucho a los antiguos exégetas, que parece no andaban muy acertados en sus juicios. Hoy se presu-

me que el agua procedía de la pleura, que Jesús padeció un derrame pleurético serofibrinoso. «La lanza del soldado, asestada de abajo hacia arriba, resbala entre dos costillas, abre la pleura y quizá el pulmón. El líquido cetrino brota en seguida del tórax elástico, mezclado con la sangre que rezuma la llaga pulmonar o la llaga torácica. En los derrames, el líquido, el agua, sale tan pronto entre dos chorros de sangre roja.»

LA CRUZ

H

AN ido transcurriendo en rápida sucesión las tristes escenas de una pasión dolorosa. Tras un proceso y una condena, todo sumarisimo, ha de ponerse en ejecución la sentencia, ha de ajusticiarse a un reo por el horrendo delito de impostura.

¿Y quién es ese reo? ¿Cuál es el castigo?

El reo es Jesús de Nazareth, un hombre bueno, que ha pasado la vida entera haciendo bienes en su pueblo, que por espacio de tres años consecutivos curó enfermos, resucitó muertos, echó fuera demonios e hizo tantas maravillas, que, como nos dice el discípulo amado al terminar su Evangelio de amor, si se escribiesen cada una de por sí, no cabrían en el mundo los libros que se podrían escribir.

El castigo es la crucifixión, el infamante madero, el patíbulo, donde en aquellos días sufrían la última pena los condenados a muerte, suplicio lento, acompañado de torturas, tan terribles como la exposición a las befas del populacho y a las picaduras de los insectos, a causa de la imposibilidad de moverse, la sed, la vergüenza, la ignominia, y tantas otras molestias, tanto en el orden físico como en el moral.

Y para poner en vigor la sentencia es preciso emprender la vía dolorosa, aquella por donde el reo debía marchar cargado con el instrumento en que iba a ser ejecutado para llegar hasta el Calvario. Jesús camina lentamente entre la multitud que le rodea, pero para aquel varón de dolores que, como cordero, fué llevado al matadero, era mucho el peso de la cruz; y después de tropezar y caer, se hizo necesario buscar quien le ayudase a soportar aquel madero.

Unas horas después se alza sobre la cumbre del Gólgota una cruz, y en ella, expuesto a las miradas del mundo entero, el hombre que se llamó Cristo, el Mesías prometido. El pueblo, tumultuoso y tornadizo, aquel pueblo que en muy pocos días había pasado del «¡Hosanna al Hijo de David!», al «¡Crucifícale, crucifícale!», veía ya satisfecha su sed de sangre, tal vez horrorizado, si se dió cuenta del horrendo crimen que se acababa de cometer sacrificando una víctima inocente, aquella víctima que, como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca.

Muy cerca de la cruz de Jesús hay otras dos cruces, y pendientes de ellas otros dos condenados a igual pena, aunque por bien diverso motivo; misterio grande, cuya razón exacta tal vez no pueda explicarse, si no es para hacer más manifiesta la inocencia de Jesús. Al pie de la cruz grande — me atrevo a decir — hay

un grupo muy reducido de personas, cuatro solamente, tres mujeres y un hombre. Es lo único que en aquellos momentos quedaba en la tierra al hombre que moría en el patíbulo: sus familiares. Esas personas son su Madre, el discípulo amado y dos mujeres, que tanto le amaron: María Magdalena y María Cleofé. Son los únicos seres que en aquella abigarrada multitud comprenden, en parte, los sufrimientos del Redentor, y hasta casi diré que los comparten, en lo que de humano tenían; son también los únicos que le aman y que no lo ocultan.

Y Jesús, que ama tanto a los que le aman, siente el dolor de aquellos seres, y en medio de su propia aflicción los consuela y procura endulzar tanta pena. Pero, ¿qué mucho, si también piensa en los que le crucifican y los encomienda a la clemencia de su Padre; y en el ladrón, que se arrepiente, brindándole la entrada con El en el Paraíso aquel mismo día? Después de tan maravillosas palabras, demostradoras todas ellas del cuidado de Jesús por los que le ofenden y por los que se acercan a El, piensa también en su madre, y a fin de que no quede desamparada, la confía al cuidado de Juan. Amor sublime y bendito, desprovisto de todo egoísmo, que ni por un momento piensa en sus dolores, hasta que al fin queda solo, ¡Solol! Hasta de su propio Padre se siente abandonado; y en su profundo dolor, no pudiendo soportar que el Padre retire de El su faz, exclama: «¡Padre mío! ¿Por qué me has abandonado?»

Así murió Jesús. Cristo Jesús. Nombre bendito, en torno del cual gira el orbe cristiano. Aquel hombre, que en el camino del Calvario se sintió tan falto de fuerzas que necesitó auxilio, es el mismo que resistió al diablo en su triple acometida; es el que quebrantó la cabeza de la serpiente; es el Justo, que murió por los injustos, y pagando la pena que la justicia de Dios exige a la raza humana, en pago de su culpa, brinda a los hombres la entrada en la gloria. Y esa culpa es tan enorme, tan excesiva, que pesó sobre Jesús durante toda su vida, aunque sólo en tres momentos de ella le encontramos agobiado por tan tremendo peso. En el huerto de Gethsemani, cuando la angustia del amargo cáliz que ha de beber le hace sudar sangre; cuando en el camino del Calvario no puede soportar el peso del madero; y cuando, colgado en la cruz, se siente alejado de su Padre por una maldad que El, el Personero de los pecadores, no ha cometido, pero cuya culpa se ha ofrecido a pagar para que esos pecadores puedan tener vida eterna.

Murió Jesús. Murió para redimirnos, y la cruz, que fué señal de ignominia en los tiempos antiguos, es hoy el símbolo de la Redención. El cristiano debe tener siempre la cruz a la vista; pero no la cruz ma-

terial, sino el vislumbre de la cruz, recordando el cruento sacrificio del Redentor. No basta con lamentar la bendita pasión de nuestro Salvador y afligirnos cuando meditamos detenidamente sus sagrados misterios; es preciso que pensemos en que nosotros mismos fuimos los que le crucificamos, los que continuamos crucificándole, aun hoy. Lloremos, sí, pero lloremos por nuestras maldades y recordemos constantemente que la cruz, instrumento de muerte para los condenados, fué el instrumento de vida para nosotros; donde el Justo halló la muerte, hallamos vida por El los pecadores.

Pero al ver la cruz en nuestra mente, no veamos clavado en ella al Redentor, porque el crucifijo es la idea más extraña para el Cristianismo. Cristo murió en la cruz para salvarnos, pero fué quitado de ella y sepultado; después resucitó. Pensemos en Cristo, muriendo en la cruz, sólo para agradecer lo que por nosotros hizo; pero veamos por la fe y pensemos en un Cristo vivo, sentado a la diestra de Dios e intercediendo por nosotros, continuando así su misión redentora. Si no hubiera resucitado, su sacrificio sería inútil, porque habría terminado en la cruz, sin llegar al sublime momento en que se revela la misericordia del Padre, permitiendo entrar en la vida eterna con su Hijo a los redimidos por El.

¿Y qué debe ser la cruz para cada uno de nosotros individualmente? Pablo, el gran apóstol de los gentiles, nos dice, en su carta a los gálatas: «Lejos esté de mí el gloriarme, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo». He ahí lo que la cruz debe ser para el cristiano: su gloria. Los honores del mundo, la soberbia, las riquezas y el poder, humo todo, todo vanidad; la cruz de Cristo es humildad, sencillez, pobreza.

Mirando a la cruz de Cristo pidámosle a El fuerzas para llevar, con la mayor mansedumbre, la que a nosotros nos quepa en suerte. Si sufrimos penas, si lamentamos pérdidas de seres queridos, si tenemos necesidades o nuestra vida no es todo lo muelle que deseáramos, si padecemos persecuciones, humillémonos, pensando que no podemos negarnos a llevar nuestra propia cruz, si queremos estar con el que, habiéndola llevado antes por nosotros, nos ha dicho: «El que quiera venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame.»

Pero si no podemos seguir a Cristo sin cargar con nuestra propia cruz, regocijémonos, porque no es todo tristeza en ella. Al final del camino hallaremos la victoria, y con la victoria, la corona de la vida, que tendrá todo el que sea fiel hasta la muerte; pero no olvidemos nunca, por un momento, que sin cruz no habrá corona.

ROSA CABRERA.

¿POR QUÉ TUVO QUE PADECER CRISTO?

ESTE mundo no es un valle de lágrimas, aunque a menudo lo parezca; hay en él mucha alegría sana, grandes satisfacciones legítimas, gozo intenso, noble y profundo. También hay dolor, y algunas veces mucho dolor. Este, en ocasiones, es consecuencia directa del pecado humano. La soberbia produce mortificaciones del amor propio, que el humilde ignora. La borrachera habitual trae en pos de sí el *delirium tremens*. La curiosidad no encauzada es causa de muchos dolores físicos y morales, de diversas clases, y las lenguas sueltas...

También hay sufrimientos que derivan del pecado de la Humanidad de un modo indirecto. Algunas veces, no tantas como indicamos, pero ciertamente alguna vez, sufrimos por causa de otros, ya sea porque nos mueve a compasión lo que ellos pasan, ya sea porque nos hacen daño y causan perjuicio con sus pecados y vicios. Está nuestra vida íntimamente enlazada con la de la Humanidad, de que formamos parte. Somos solidarios: unos de otros, y romper o pretender romper esta solidaridad, encerrándonos en una carajita, o refugiándonos en la Tebaida, o marchándonos a «torres ebúrneas», si es que las tenemos, sería inmoral.

Así como gozamos con satisfacción de los bienes y de las virtudes de la Humanidad, del rendimiento del trabajo humano en cultura y moralidad, del mismo modo también sufrimos las consecuencias de la incultura, de la imperfección y del vicio, que existen entre nosotros, y a los que — no hay que olvidarlo — contribuimos por nuestra parte.

El suicidarse, moral o físicamente, es tan contrario al espíritu cristiano, como el llevar antes una vida perdida, motivo de ese suicidio. Donde las dan, las toman. Si hemos hecho mal, lo menos que podemos hacer es cargar resueltamente y con valentía con las consecuencias de nuestras acciones. Lo otro es cobardía, y la cobardía y el apocamiento no son fuerzas morales.

Si miramos a Jesús, vemos que Él también ha padecido. Las consecuencias directas del pecado no podían tocar de ninguna manera al que no conoció el pecado. Jesús no era soberbio, ni charlatán maldiciente, ni vicioso, ni sucio. Jesús era puro, sin mancha, y al mismo tiempo suma perfección moral en su vida aquí abajo. Pero nuestro Señor — «hermano» le llama alguna vez la Sagrada Escritura —, viviendo la vida plena del ser hu-

mano, tenía que verse envuelto en la Historia de la Humanidad, con todas sus consecuencias. Gozaba de las bellezas de la Naturaleza, observaba las flores y los animales en su desarrollo, apreciaba la poesía conmovedora de su pueblo, disfrutaba de las ventajas que en el orden social había traído a Palestina la férrea mano del imperio de Roma. La profunda religiosidad de los profetas y salmistas ha dejado huellas hondas en su modo de pensar, de hablar, de conversar con Dios en sus oraciones.

Es, por tanto, lógico y natural que Jesús participara también en las consecuencias indirectas del pecado de la Humanidad. El ha visto sufrir a ancianos y enfermos, se ha conmovido ante el dolor de la viuda, que iba a enterrar a su hijo, le ha dolido ver morir a los niños. Los escribas, fariseos y sacerdotes, que debían haber sido los primeros, los más entusiastas en celebrar al que pretendían esperar, le han hecho sufrir el encono creciente de su contradicción; de la actitud general de los israelitas tiene que decir: «Cuando el Hijo del hombre viniera ¿hallará fe en la tierra?»

Hambre, sed, cansancio, molestias de los importunos, injusticias de todas clases, deslealtad de sus amigos y discípulos, todo eso le ha correspondido por solidaridad.

Recordamos en estos días la gran pasión de nuestro Señor. Algunas veces puede parecer que los sufrimientos de aquellos últimos días hacen casi olvidar la realidad de que Jesús hubo de padecer mucho, también antes de la semana grande. Pero ésta no se puede comprender sin tener en cuenta los años que precedieron. Sin una grande fuerza moral, adquirida por ejercicio constante, no hubiera podido resistir el que tanto hubo de sufrir en pocas horas.

Precisamente, aludiendo a uno de los incidentes de esa dolorosa semana, nos da el autor de la Epístola a los Hebreos una idea de lo que el padecimiento ha significado para Jesús. Son palabras sencillas y al mismo tiempo muy profundas; palabras que nosotros no nos atreveríamos a escribir, si no nos autorizara a ello la Sagrada Escritura; ideas y conceptos, que difícilmente hubiera inventado ningún mortal, que conoce algo, y ama y admira la persona del más amable entre los hombres, a no ser bajo la influencia del mismo Espíritu de Cristo.

«En lo que padeció, aprendió obediencia.» Jesús en el sufrimiento aprendió a sujetar su voluntad a la de Dios. No a

modo de desesperación; no la resignación fatalista de árabes e iberos; no la pasividad del que está como atontado por fuerza de golpes. Obediencia es conformación activa, es asemejar de un modo consciente su voluntad a la de otro, penetrando en sus intenciones y colaborando con ellas de un modo inteligente. Esto lo tuvo que aprender Jesús y lo aprendió a fuerza de sufrir. Del resultado de este duro aprendizaje se nos dice que «por medio de padecimientos ha sido hecho perfecto, autor de la salvación, sumo sacerdote, poderoso para socorrer a los que son tentados».

No alcanza la lógica humana a penetrar completamente en estos arcanos.

Pero en vista de todo esto, si podemos comprender con relativa facilidad, que el dolor, el sufrimiento en la intención de Dios no es un mal, un perjuicio, sino un bien, aunque venga disfrazado, aunque repugne al sentir natural del hombre.

Esta enseñanza nos es lícito aplicarla también a nosotros mismos, teniendo siempre en cuenta la gran distancia que media entre nosotros y Cristo. Sabemos que no somos buenos, que necesitamos castigo. Dios nos castiga para que aprendamos; el castigo divino es una manifestación del amor perfecto. El padre que mimó a su hijo, le infiere un daño, luego no ama de modo perfecto.

La pedagogía tiene dos aspectos: por un lado purifica y limpia, por el otro educa y desarrolla. Así también la educación que Dios da a sus hijos. El dolor, los diversos y múltiples padecimientos que Él nos envía, pueden, siempre que ellos nos sometamos de grado, desarrollar en nosotros fuerzas dormidas o debilitadas, virtudes menospreciadas algunas veces, que, sin embargo, tienen su gran importancia para el reino de Dios.

La paciencia, por ejemplo, la constancia, la serenidad, el dominio sobre el mismo, todo eso y mucho más se puede aprender en la escuela del sufrimiento. «Habiendo, pues, Cristo padecido en la carne, armaos vosotros de la misma disposición de ánimo.»

En Cristo, empero, el padecimiento tenía otro aspecto, que no nos es lícito aplicar a nuestras personas pecadoras. Esto es lo que Él mismo explicó a Cleofás y a su amigo en el camino de Emaús: «cierta tarde de primavera. En el último capítulo del Evangelio, según lo escribió el médico Lucas, se puede leer algo acerca de esto.

JORGE FLIEDNER.